

La nación desde la experiencia: multiplicidad e identidad en México

Jorgelina Loza¹

Recepción: 30 de octubre 2011 / Aprobación: 06 de mayo de 2012

Resumen

A pesar de su anunciada desaparición, la nación continua siendo una categoría de identificación de los sujetos, donde las imágenes y representaciones contenidas en esa idea permean las relaciones entre ellos. Lo anterior se sostiene como una pregunta de investigación pertinente, que conduzca a introducirnos al urgente debate sobre los procesos de construcción de las configuraciones identitarias. Este trabajo se propone recorrer distintos aportes teóricos al concepto de nación, que se han disputado la posibilidad de definirlo desde perspectivas y elementos disímiles. Se pone en discusión esos aportes y se los hace dialogar en vistas a contribuir a un debate enmarcado en el actual contexto latinoamericano al analizar el caso de la construcción nacional de México. La idea de nación mexicana ha atravesado distintas etapas en un proceso de construcción nunca clausurado, en el que una diversidad de actores participa desde su posición en el espacio social.

Palabras clave

Nación (concepto), representaciones sociales, identidades, México

Abstract

Despite its announced demise, the nation shows that it is still a category of identification for social subjects, where images and representations contained in that idea permeates the relations between them. In that sense, it is held as a relevant research question that leads to introduce us into the urgent debate on the processes of identity building configurations. This paper intends to explore various theoretical contributions to the nation concept, which have disputed the possibility of defining it from dissimilar perspectives and elements. We propose here to question these approaches and discuss them in order to contribute to a debate framed in the current Latin American context, analyzing the case of nation-building in México. The idea of Mexican nation has gone through different stages in a never closed process of construction, in which a diversity of actors got involved from their positions in the social space.

¹ Magister en Sociología de la Cultura y el Análisis Cultural por la Universidad Nacional de San Martín. Doctoranda de la Universidad de Buenos Aires. Becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina. Correo electrónico: jorgelinaloza@yahoo.com.ar

Keywords

Nation (concept), social representations, identities, México

Resumo

Apesar de sua morte anunciada, a nação continua a ser uma categoria de identificação dos sujeitos, onde as imagens e representações contidas nessa ideia permeiam as relações entre eles. O anterior se sustenta como uma pergunta de pesquisa relevante, que nos conduz ao urgente debate sobre os processos de construção das configurações de identidades. Este trabalho pretende explorar várias contribuições teóricas para o conceito de nação, as quais disputaram a possibilidade de defini-lo desde perspectivas e elementos díspares. Colocam-se em discussão e diálogo tais aportes, a fim de contribuir para um debate situado no atual contexto latino-americano ao analisar o caso da construção nacional do México. A ideia de nação mexicana atravessou distintas etapas num processo de construção nunca terminado, no qual uma diversidade de atores participa a partir de suas posições no espaço social.

Palavras chaves

Nação (conceito), representações sociais, identidades, México

El amor cultural-político-cívico a la patria no está ligado a una cultura, una libertad, una lealtad y un deber abstractos. Están articulados a una libertad, una lealtad, un deber y una cultura que son parte integrante de una comunidad. Para los que pertenecen a esa comunidad la lealtad, el deber, la cultura y la libertad tienen un significado específico asociado a memorias e historias particulares.

Introducción

Mucho se ha discutido ya acerca de la vigencia de las identidades nacionales en tiempos de comunicaciones veloces e intercambios globalizados. Actualmente, los estudios que recorren las representaciones contemporáneas sobre las comunidades nacionales, sostienen que no es posible anunciar su desaparición como marcos interpretativos

para la vida de los sujetos (Grimson, 2007, 8-35; Vernik, E., Salvi, V. y Loza, J, 2008; Jorgelina, 2009). Sin lugar a dudas, el amor a la patria, la identificación con una comunidad política y la construcción de significados en torno a la misma resultan aun hoy una fuente de luchas, adhesiones, estrategias y posibles lecturas sobre el mundo. De allí la importancia de seguir pensando a esa construcción tan escurridiza como persistente.

Las teorías sobre la Globalización pusieron en duda la relevancia de la idea de nación en momentos en que las fronteras nacionales parecían difumarse. Sin embargo, esta invisibilización de las divisiones fronterizas a partir de los nuevos tratados económicos y los avances comunicacionales, pronto demostró no atenuar el peso simbólico de las fronteras nacionales para la cotidianidad de los sujetos. Así es que se reafirmó la relevancia contemporánea de la nación como categoría identitaria y surgieron nuevos interrogantes en los que subyace la pregunta acerca de si es posible construir una descripción teórica que dé cuenta de las particularidades de todos los casos nacionales, así como las diferenciaciones internas de cada construcción. Las nuevas preguntas a los procesos de construcción de las naciones hacen evidente la necesidad de repensar tanto sus orígenes como sus objetivos y sus protagonistas.

Ante la innegable importancia de categorías nacionales, ante la evidente -aunque no natural- relevancia de seguirse pensando argentino, uruguayo, alemán o mexicano, nos preguntamos: ¿participan todos los actores de manera similar en esas construcciones? ¿quiénes condujeron y conducen esos procesos? Nos proponemos recorrer aquí los principales aportes conceptuales a la idea de nación y preguntarnos por su pertinencia para los procesos nacionales de Latinoamérica. En esta ocasión, nos preguntaremos por su pertinencia en el presente, especialmente en América Latina, desde el análisis del caso mexicano.

La urgencia de este debate se encuentra en poner en cuestión los marcos de significado que condicionan y posibilitan las prácticas de los actores, sin por ello denostarlos. Partimos de suponer que la manera en que los conceptos son edificados encierra formas de ejercicio de poder que direccionan la forma en que las acciones descritas son experimentadas. Esperamos contribuir hacia la apertura de este debate, en vistas a incorporar o tener en cuenta los distintos modos y grados de las múltiples formas de asociación comunal y, al mismo tiempo, las formas en que estas prácticas son entendidas y cargadas de significados y sentidos.

I. Ideas sobre la nación

El concepto de *nación* es polisémico y demasiado flexible, que ha sido utilizado para señalar, en el transcurso de la historia, a realidades diversas: colectividades fundadas en características étnicas, una representación mercantil, una minoría revolucionaria, un cuerpo político soberano, una comunidad religiosa o lingüística (Campi, 2006). Sin embargo, esto no lo hace un concepto vago. Partimos de entender que una nación no puede nunca ser considerada como algo dado, como algo que permanecerá fijo en el tiempo. Para comprender su funcionamiento y su gestación es fundamental una teoría social que tenga en cuenta su carácter de artefacto cultural, su temporalidad y la influencia de las luchas internas y externas que la constituyen como tal y la acompañan a través del tiempo.

De acuerdo al rastreo de Campi, la utilización del término nación en los textos de los siglos XV y XVI responde a la idea de lugar de origen. Sin embargo, su significado es más amplio cuando refiere a comunidades extranjeras: allí indica diferencias lingüísticas y territoriales, diversidades culturales y una continuidad histórica que “caracteriza la vida de un pueblo haciéndolo específico y diferente de los demás” (Campi, 2006). Es decir, en estos inicios la búsqueda de lo nacional permitía señalar lo diferente, lo extranjero. A partir de aquí y de las delimitaciones que las caracterizaciones por estos factores implican, la nación empieza a reconocerse como tradiciones jurídicas y políticas sumadas a la adscripción a un soberano, a la vez que como un estilo de vida particular. Este estilo de vida se hallaría condicionado de distintas maneras por características geográficas y por un pasado compartido, configurando una realidad específica, con rasgos que la hacen única. De todos modos, siguiendo a Campi² pueden distinguirse tres modelos o variantes de la nación en la literatura de la época: el estatal, el cultural y el político-soberano.

El primero, la *nación estatal*, refiere a la relación directa entre el crecimiento del poder estatal y del sentimiento nacional. La nación comienza a formarse bajo el impulso del Estado y sus exigencias de funcionamiento, y se anuncia como una “realidad social de tendencia homogénea y como esfera simbólico-cultural de pertenencia” (Campi, 2006). A partir de ese momento, el Estado como organización política tuvo la necesidad de construir un sentimiento na-

2 Tomaremos esta clasificación, que se basa en los fundamentos que se proponían desde las distintas corrientes intelectuales modernas, por ser útil al recorrido propuesto, aun cuando la asumimos objeto de debates y consideraciones. Campi (2006) propone una tipología entre ideas sobre la nación relativas al momento de constitución de los Estados modernos europeos, asumiendo que es el momento de nacimiento del sistema global de Estados Nación (Billig, 2005).

cional para fortalecer la cohesión interna y defender el territorio de las amenazas externas. Comienza a nacer aquí una conciencia de tipo político-cultural, que busca establecer estándares lingüísticos, de tradiciones y de derecho funcional, en un proceso de integración social con el objetivo último de formar una identidad colectiva popular; a la vez que adquieren una vital importancia las historias nacionales, es decir el uso estratégico de la historiografía como proyectos estatales de construcción de relatos históricos que dieran legitimidad a la nación. Esto se vio favorecido con la aparición de la imprenta, el nacimiento del Capitalismo y las conmociones religiosas del siglo XVI (Campi, 2006; Anderson, 1991).

La segunda variante de descripción de la nación en la Modernidad, es la *nación cultural*: refiere a una comunidad popular basada en la cultura, la lengua y las tradiciones históricas. Esta comunidad se proclama a sí misma como una esfera de identidad cultural que tendría raíces anteriores a la consolidación de la administración estatal y que aparece como carente de poder político. Con origen en Alemania y con Johann Herder como su principal impulsor, este concepto de la nación la ubica como una realidad orgánica que, para los sujetos que la componen, representa un estado natural del que dependen tradiciones y caracteres que no pueden cambiarse de acuerdo a las estructuras políticas. No sólo se superpone con el Estado en cuanto éste se considere el detentor de la soberanía, sino que se define como un sistema de relaciones afectivas y sociales independientes de aquél, e incluso más duradero y estable. De este organismo vivo que es la *Kulturnation* derivan las características esenciales de los hombres. La lengua es aquí el patrimonio inalienable de cualquier comunidad y factor diferenciador entre las mismas.

El último modelo lleva el nombre de *nación política soberana*, relativo al paradigma voluntarista francés del siglo XVIII en el que la nación es una unión voluntaria de ciudadanos que es entendida como fundamento exclusivo del Estado y que está dotada de un perfil político-jurídico autónomo. Al coincidir con el Estado, establece un variante al modelo de la nación estatal, ya que postula un principio de legitimación del poder desde abajo. El principal exponente de esta variante fue Jean Jacques Rousseau, quien, a pesar de coincidir con Herder y los románticos en una actitud antirracionalista y antiiluminista, fue un poco más allá al apelar a la voluntad -antes que a la historia o la naturaleza - como factor fundador de la nación política (Campi, 2006).

Después de los distintos usos semánticos que la Revolución Francesa de 1789 asigna a la nación, en el siglo XIX se convierte en un concepto global e inclusivo: cada vez más, tiende a coincidir simbólica y físicamente con el pueblo.

Los términos pueblo, Volk, peuple, common people, etc., adquieren un valor positivo y dejan de designar a las masas populares amorfas, convirtiéndolas en un sujeto político compuesto de ciudadanos. La nación ofrece una respuesta sólida a la desintegración política producto de la caída de los absolutismos y se convierte en un potente factor de integración sociocultural y de construcción de identidades colectivas.

Ernest Renán (2001, 53-66) sostuvo, en un discurso enunciado en la Sorbona en 1882 que se convertiría luego en un clásico, que la nación constituye un principio espiritual basado en dos grandes fundamentos: el olvido de su origen violento y la voluntad de estar juntos. Una nación es diferente a una raza, un grupo étnico o un grupo lingüístico, un grupo religioso o un conjunto de personas determinado espacialmente. El hecho de basar la construcción del espacio político a través de la naturaleza y la raza corre el riesgo de direccionarla hacia la hegemonía y la supremacía, que desembocará en guerras de exterminio entre las naciones. Frente a un orgullo nacional herido por la pérdida de Alsacia y Lorena, Renan enuncia la existencia de naciones basadas en la legitimidad popular antes que monárquica. Los derechos nacionales son atribuidos entonces a grupos naturales determinados por la raza, la historia y la voluntad de las poblaciones, donde la individualidad debe establecerse por el consenso, por la voluntad de los pueblos de vivir juntos. La nación será, para Renan, en una fórmula recordada y discutida aun hoy, un plebiscito cotidiano.

En efecto, además de la voluntad, la nación requiere de la aceptación de la historia y el olvido. La memoria de las naciones debe ser selectiva y parcial. Fruto de la combinación de azar y factores políticos, la nacionalidad no responde a los factores objetivos que los teóricos de la nación tradicionalmente han expuesto (raza, lengua, religión). Como nación, se tiene un futuro si se posee un capital social producto de una acumulación histórica. La existencia y duración de la nación dependen de la conciencia moral de los hombres que la habitan y se reconocen en ella, que decidirán cuándo y hasta cuándo serán una nación. No existen determinismos, la nacionalidad tiene aquí un carácter puramente electivo. Las enunciaciones de Renan fueron criticadas en cuanto ambiguas y demasiado abiertas, en las que se halla un contraste entre un énfasis historicista y el voluntarismo romántico que prevalece en ellas, además de caer en un excesivo subjetivismo (Hobsbawm, 1991). Los pensadores que revisaron a Renan también llamarían la atención sobre la necesidad del olvido que el autor francés destaca. Elías Palti resaltará que el olvido es condición para la existencia de la nación, a la vez que prueba de la misma (Palti, 2009, 17-37). El énfasis en la voluntad subjetiva tiene que ver con la imposibilidad de definir parámetros para la nación, pero presupone que existan formas objetivas de

organización social que sostengan esa voluntad, las cuales a su vez se apoyan en esos elementos subjetivos para garantizar su perdurabilidad.

Durante el siglo XX, las naciones comenzarán a ser cuestionadas en tanto artefactos. Su carácter ficcional es destacado por pensadores constructivistas, que se proponen desandar el camino de grandes entramados simbólicos y arraigados relatos históricos sobre la nación. El nacionalismo resulta aquí prioritario con respecto a la nación -entendida como colectividad estable y como realidad histórica objetiva- dado que es el nacionalismo el que crea a la nación. Benedict Anderson (1991) establecerá a la nación como una “comunidad política imaginada”: los sujetos imaginan al resto de los integrantes como condición para formar parte de ella, constituyendo una comunidad horizontal. Para aceptar la existencia de pluralismo al interior de la misma y permitir la convivencia, la nación se imagina soberana. Los contenidos simbólicos de la nación son difundidos desde el aparato estatal hacia sus integrantes, favorecido por el surgimiento de la imprenta y los medios de comunicación modernos. Si bien estas ideas confirman la condición ficcional de las naciones, no deja ver el carácter conflictivo de su constitución, proceso en el que amplios grupos de sujetos quedan excluidos.

Renato Rosaldo (1992, 191-202) se pregunta si la categoría de nación en sí misma no se ha vuelto obsoleta en un mundo que muestra a gritos las diferencias entre incluidos y excluidos, es decir si el concepto de nación podrá comprender identidades desiguales y en permanente conflicto. Las cuestiones relativas a las identidades nacionales aparecen como ficcionales, pero al mismo tiempo como ámbitos de negociación, lucha por el poder simbólico y conflicto. Sus críticas al texto de Anderson refieren a los márgenes de acción de los sujetos frente a nacionalismos que son construidos en procesos históricos de los que no han formado parte. Los sujetos que se identifican como excluidos construyen estrategias de (re)definición de sus filiaciones a un todo nacional, estrategias que se hallan en constante negociación con las ficciones “oficiales”, por así decirlo.

Norbert Elías (1997) toma el concepto de hábitus nacional para adentrarse en esta discusión sobre la construcción de las identidades nacionales. El hábitus aparece para Elías como contingente, vinculado al proceso de conformación del Estado en el cual se inserta y no fijado naturalmente. Así, los destinos de las naciones se cristalizan en instituciones que deben asegurar que personas diferentes dentro de una misma sociedad adquirirán las mismas características y entonces poseerán el mismo hábitus nacional (Elías, 1997). Este proceso es el que Etienne Balibar (1991) llamará de etnificación. De acuerdo

con este autor, las naciones no poseen una base étnica natural, sino que las poblaciones que van quedando bajo la influencia de un Estado Nación van construyendo (desde la participación en instituciones estatales destinadas a la construcción del pueblo) un efecto de unidad que difunde la sensación de conformar un pueblo. Lo cierto es que estas ficciones o categorías analíticas llegan a constituirse en elementos de una enorme fuerza para la vida cotidiana de los sujetos, cristalizándose como una realidad inmodificable y obligatoria.

Las preguntas sobre la sostenibilidad de las grandes ideas nacionales, aun revelada su ficcionalidad, adquiere mayor fuerza frente a conflictos raciales y étnicos contemporáneos. Es en ese sentido que Chatterjee (2008) relatará los procesos de conformación de los Estados Nación modernos, como procesos en los que discursos diferentes compiten entre sí, hasta que un discurso elitista logra dominar una alianza nacional que lo asumirá como tarea histórica, excluyendo a movimientos subalternos de esa coalición de poder. Así, afirma la posibilidad de que existan nacionalismos anticoloniales capaces de construir “espacios de soberanía” en el campo espiritual, por fuera de la batalla política (Chatterjee, 2008, 93).

Esta postulación se inserta en la misma línea de la propuesta teórica que sostiene Eugenia Mallón en sus estudios sobre la conformación de sentimientos nacionalistas en los campesinados peruano y mexicano. Desde allí, postula que es posible analizar manifestaciones nacionalistas por fuera del Estado, que deberán entenderse como analíticamente diferentes pero históricamente conectadas (Mallón, 2003). Asumir que no existe una sola versión “real” del nacionalismo implica ampliar la mirada a manifestaciones que exceden los proyectos burgueses y que negocian constantemente con los mismos, bajo la premisa de una ciudadanía inclusiva, asumiendo que los sectores subalternos participan activamente en la construcción de las ideas nacionales (Achugar, 2001, 75-92; Mallón, 2003).

En América Latina, ya constituye un consenso afirmar que los Estados modernos de la región emergen de un proyecto comunitario a partir de la existencia de sociedades pre-nacionales, es decir grupos con algún grado de similitud cultural, pero baja significación política. Los Estados articulan particularismos, localismos y relatos históricos para construir un nuevo mundo social y simbólico compartido por un pueblo que se identificará con ese imaginario (Valenzuela Arce, 49-66). Sin embargo, en la actualidad resulta urgente preguntarse por los actores que forman parte de dicha construcción y los efectos de la recepción de aquellos del discurso nacional promovido por el Estado. Así es que podemos partir de entender que la identidad nacional remite a la dimensión ideológica de

la pertenencia a una nación, en tanto grupos sociales diferenciados comparten una idea de organización social que es primariamente transmitida por la clase dominante. Sin embargo, es importante no perder de vista que las identidades preexistentes que queden entonces incluidas dentro del nuevo marco nacional promovido por el Estado y sus intelectuales orgánicos, construirán una representación de un nosotros que luego cobrará diversas formas de acuerdo a cómo lo asimilen y expresen los distintos grupos sociales y territoriales.

La pregunta acerca de los actores intervinientes en el (nunca acabado) proceso de construcción nacional y en el de su transmisión parece ser el aporte principal de los pensadores que Grimson llamó experiencialistas. Éstos destacan la sedimentación de los procesos históricos que los constructivistas señalan en la configuración de elementos culturales que los sujetos comparten. La nación deja de ser aquí un proceso puramente simbólico, para ser entendida como un producto del proceso social total (Williams, 1980). Este proceso social muestra, a la luz de esta perspectiva, que existe en su interior cierta heterogeneidad ideológica, que de todos modos desarrolla un campo de lo posible, una lógica de interrelación entre grupos internos y con grupos externos, un lenguaje común y otros elementos culturales compartidos (Grimson, 2007, 8-35). Este conjunto de personas desiguales comparte una serie de experiencias históricas que son constitutivas de los modos de acción, cognición, imaginación y sentimiento que desarrollan. Es decir que la discusión sobre la nación se ha corrido de cuáles serían los elementos que fundamentarían su existencia, para centrarse en el proceso histórico de su construcción, transmisión, recepción y sostenibilidad.

En la próxima sección buscaremos poner en juego estas ideas teóricas, en el análisis de un caso cargado de particularidades, aunque no ajeno a los procesos latinoamericanos que mencionamos. Recorreremos el proceso de construcción de la idea de nación mexicana, en vistas a proponer un análisis experiencialista y contemporáneo, atento a la heterogeneidad constitutiva de esta configuración cultural.

II. La idea de nación en México

El análisis de los procesos históricos de construcción de las naciones latinoamericanas requiere sostener una mirada deconstructivista, pero sin perder el foco en la experiencia que sus actores atravesaron y atraviesan. Estas formaciones nacionales comparten un origen que usualmente se denomina moderno y han atravesado momentos similares que permiten pensar en ciertas

uniformidades. Sin embargo, también es posible encontrar fuertes diferencias en los entramados identitarios de las naciones latinoamericanas, algunas de las cuales siguen siendo resaltadas por sus integrantes en vistas a afirmar la autonomía de sus pueblos.

Las naciones mesoamericanas y andinas son categorizadas por Darcy Ribeiro como pueblos testimonio, en tanto sobreviven en ellas elementos de las culturas previas a la conquista, a pesar de haber atravesado el proceso de aculturación y de reconstrucción étnica, aun vigente (Ribeiro, 2007). Caracteriza a estos pueblos un proceso de ladinización en el que las masas indígenas preexistentes en el continente eran asimiladas como fuerza de trabajo del nuevo sistema productivo dependiente del imperio español. Se consolidó así un estilo de convivencia en el que dominaba el rechazo al europeo y en el que se transmitían fragmentos de los viejos valores comunitarios a través de las generaciones:

En el caso de los Pueblos Testimonio, la españolización y el establecimiento de nuevas instituciones ordenadoras jamás consiguió erradicar el cúmulo de costumbres, creencias y valores del antiguo ethos, incorporando en aquellas células iniciales y todavía hoy sobreviviente en el modo de ser sus pueblos modernos (Ribeiro, 2007, 87).

Entre los Pueblos Testimonio que encuentra este autor, destaca México por su capacidad para constituir tempranamente su conciencia nacional, asumiendo una posición determinada frente al mundo y construyendo una imagen para la cual se recuperaron elementos de su herencia azteca-nahuatl.

Siguiendo el marco teórico planteado, podemos entender a la nación como una configuración cultural que se basa en determinados elementos simbólicos, prácticas y espacios que tienden a su construcción, difusión y reproducción en el tiempo. Se trata de un entramado que incluye relatos de los procesos históricos, una variedad de significados y los elementos culturales que las luchas por la hegemonía vayan incorporando a la identificación (Grimson, 2011; Monsiváis, 1987, 13-22). En este sentido, se suelen subrayar como espacios constitutivos de la configuración nacional mexicana al Estado, la familia, la Iglesia, el sistema educativo y los medios de comunicación masiva, primordialmente. Esta cultura nacional pretende trascender pertenencias de clase e intereses políticos, aun cuando no es completamente ajena a todo esto, sino que se encuentra atravesada por sus interrelaciones. El rol del Estado como patrocinador y sostén de este entramado cultural es primordial, en tanto es el legítimo ejecutor de programas y políticas tendientes a marcar fronteras (territoriales y

simbólicas) y a difundir definiciones. La configuración nacional permite a las comunidades, entonces, entender el mundo y entenderse en él.

Los proyectos independentistas del siglo XIX se centraban en la construcción de una comunidad política que rescatara aquellos elementos que daban cuenta de la existencia de una comunidad cultural, inmemorial y omnipresente, al mismo tiempo. En México, la crisis del imperio español condujo al levantamiento de los criollos contra quienes podrían dar por tierra con los logros de los tres siglos de conquista, lo cual permitió la aparición de referencias a una identidad originaria, producto del encuentro de los españoles con los pueblos indígenas de la región. El proceso del patriotismo criollo buscaba sostener a la nación como autónoma (Branding, 1995). Con la proclamación de la independencia, los criollos asumieron la legitimidad de la idea nacional y la vincularon con la construcción de la soberanía. La elite en el poder, los criollos, comenzaron un proceso de definición de las formas estatales en el que los bandos conservadores y liberales se disputaban la posibilidad de definir el grado de intervencionismo del Estado, el rumbo económico a seguir y la posición de la nueva nación en la división internacional del trabajo (Ramírez Losada, 2003; Salazar Sotelo, 1993, 43-63). La estructura nacionalista que se consolidó en este período sostuvo como pilares centrales al pasado indígena que era base de las referencias nacionales pero que se mezclaba con rasgos cosmopolitas, y a la vez una determinada definición racial: el mestizaje (Trillo, 1995, 313-334).

El proceso al que da inicio la conquista española sobre lo que sería México permitió la conformación de una estructura étnica en la que los grupos originarios existentes en el territorio fueran sometidos por aquellos descendientes del proceso de mestizaje entre españoles peninsulares y criollos. Es a principios del siglo XIX donde podemos ubicar el desarrollo de la ideología del mestizaje, sostén de la afirmación del criollo. Ya no sólo se valoraba la mezcla de sangres (existente desde los inicios de la conquista), sino que se destacaba el efecto que los componentes americanos habían tenido sobre la sangre europea. Comenzaba a enfrentarse el pensamiento eurocéntrico como una manera de destacar la emergencia de un nuevo pueblo, con características propias pero legitimadas por la herencia (Bonfil Batalla, 1992, 35-48; Guerra, 1994, 7-14). La ideología del mestizaje será la que sostenga que la presencia de las comunidades indígenas pone en cuestión la existencia misma de la nación mexicana y que entonces ésta deberá ser un proyecto a encarar por el Estado. A partir de allí, será el mestizaje el elemento a destacar dentro de la promoción de una cultura nacional homogénea.

A fines del siglo XIX se retoma la necesidad de construir un México mestizo, idea que se verá afianzada con los mandatos de Juárez, Ocampo y Porfirio Díaz. El mestizo comenzaría a ser identificado como el portador del carácter nacional, especialmente con la llegada de la Revolución, y la educación sería entendida como el vehículo para la modernización y nacionalización de la sociedad. Un Estado que trabajaba por consolidar un poder centralizado permitiría pensar estrategias en ese sentido (vom Hau, 2009, 127-154).

Merece una mención especial el esfuerzo de búsqueda de una autonomía religiosa para la nación emergente. La construcción de la imagen de la Guadalupana se ubica entre los hechos que fundamentaron la construcción de la identidad mexicana, y que aún permanece en el entramado cultural de la nación. En el siglo XVII, la dominación española sobre los pueblos originarios estaba bien establecida y no era demasiado cuestionada, y se observaban intentos de indianización de los elementos de la religión cristiana (Florescano, 1987, 29-35). Así es que los criollos fueron quienes lograron extender el culto a la virgen aparecida al indígena Juan Diego en el siglo XVI al resto de las clases sociales, cuando se comenzó a difundir entre toda la población la capacidad de esta imagen de hacer milagros. En el culto a la Virgen de Guadalupe se fundían los elementos de las antiguas religiones mesoamericanas, y los esfuerzos de los gobernantes españoles por establecer ese culto como parte de las festividades católicas no entraron en conflicto con la distancia que la misma evidenciaba con las imágenes españolas. Se hizo evidente la intención de nativizar a la virgen, a su imagen, haciendo que la Guadalupe del Tepeyac se constituyera en símbolo de la Nueva España (Florescano, 1987, 29-35). Al fundir las visiones apocalípticas cristianas junto con los símbolos de los pueblos indígenas de la nación, se evidenciaba la necesidad de esa imagen como condensadora de las demandas de identidad colectiva de las poblaciones subordinadas al culto traído por la conquista. La influencia de la Guadalupana, o Tonatzin en los movimientos identitarios, en los proyectos nacionales, en los esfuerzos independentistas e incluso en proyectos políticos más contemporáneos la pondrá en el centro de la autoafirmación de sectores populares y criollos:

Esta imagen sagrada de origen milagroso además de despertar una devoción ferviente, dio forma a los sentimientos patrióticos y forjó los signos de una identidad nacional que se quiso, en un principio, criolla, a la vuelta de los años indígena pero, eso sí, siempre guadalupana (Ramírez Losada, 2003, 133).

Así es que será estandarte del cura Hidalgo, cuando el grito independentista, así como de Emiliano Zapata en tiempos de la Revolución. La construcción del mito de la Guadalupana y su consolidación entre los sectores de la sociedad

mexicana constituyen un esfuerzo de identificación de una nación con un pasado fundacional (Ramírez Losada, 2003, 133). La reelaboración del pasado azteca no implicaba, de todos modos, una política de inclusión de los grupos indígenas del territorio que empezaba a definirse como nacional. La utilización del pasado indígena permitía apuntalar la construcción de una comunidad con una historia propia. En ese sentido, la preocupación intelectual de rescate de ese pasado era poder justificar la separación política con España.

El siglo XIX atravesó hechos históricos que sedimentaron definitivamente en el proceso de la construcción de la configuración nacional mexicana. La Guerra de la Reforma, el enfrentamiento entre conservadores y liberales por el establecimiento de la constitución nacional, duró tres años y culminó con la victoria de los liberales y la llegada de Benito Juárez a la Ciudad de México. Los objetivos del reclamo liberal tenían que ver con reducir el poder de la iglesia y el ejército, que fueron recortados con la Ley Juárez y la Ley Lerdo que abolieron los fueros de esas instituciones³. El nacionalismo mexicano se afirmaba como una búsqueda autónoma, alejada de las instituciones tradicionalmente poderosas: “El nuevo régimen promovió una nueva religión cívica nacionalista, provista de su propio panteón de santos civiles, su calendario de fiestas, sus templos cívicos y una serie de metáforas religioso nacionalista” (Manrique, 2006).

El siglo XX evidenció planes específicos concernientes a la construcción de la idea nacional en el país, entre los que se cuentan el fomento de programas educativos y de proyectos culturales que daban cuenta de una idea de nación basada en elementos compartidos. Por su parte, los relatos históricos de los inicios de la nación comenzaban a incluir la participación de las clases populares, dando cuenta de la coexistencia de diversos nacionalismos que compartían un mismo horizonte.

Los esfuerzos del Estado autoritario conducido por Porfirio Díaz durante más de veinte años de construcción de una imagen visible desde el exterior fueron transmitidos a la emergente clase media urbana. La nación se edificaba como una celebración colectiva, en la que se destacaban los elementos artísticos que aunaban a los habitantes del suelo mexicano. Por su parte, el país atravesó una etapa de inversión productiva externa, que se tradujo en la cotidianeidad con el desarrollo de las líneas ferroviarias, las comunicaciones, la continuidad de los esfuerzos juaristas de construcción de un sistema estatal de educación pública laica. El proyecto nacionalista era sostenido intelectual-

3 Hasta ese momento, la Iglesia Católica controlaba el 50% del territorio, y la Ley Lerdo la obligó a devolver todas las tierras que no estuvieran afectadas a la práctica religiosa. Estas medidas fueron confirmadas por la Constitución de 1857.

mente por los “científicos”, los ideólogos del Porfiriato. Bajo la bandera del positivismo, y desde una actitud paternalista, presentaban a México como un país débil, con una amplia masa indígena incapaz de educarse.

A inicios del siglo XX, la Revolución Mexicana hizo del nacionalismo una cuestión de Estado explícita, asumiéndolo como la premisa ideológica de la unidad (Monsiváis, 1987, 13-22). Los primeros años de la Revolución se caracterizan por la incorporación masiva de los sectores subalternos a la idea nacional, a los derechos de ciudadanía, que se traducirá en una lealtad a los caudillos revolucionarios a cambio de la consecución de beneficios sociales. Francisco Zapata (1990) propone pensar al nacionalismo revolucionario como una de las corrientes latinoamericanas que propugnaron una forma particular de entender a la nación. Así, esta corriente está estrechamente ligada a los pensadores de la Revolución Mexicana, entre los que se destacan Luis Cabrera, José Lombardo Toledano y José Vasconcelos. El componente nacionalista y de revalorización de los recursos propios es el eje central de estas ideas y es el que fundamenta el proyecto de unidad social promovido desde el Estado. Éste se convierte en un actor central para el desarrollo económico y político, haciendo concesiones a sectores diversos de manera de lograr cierta conciliación de intereses. Aquí es el componente cultural el objeto central de las apelaciones, como fundamento de la unidad nacional.

A inicios del proceso revolucionario las políticas estatales de ampliación del sistema educativo y mecenazgo de la actividad artística daban cuenta de cierto pragmatismo y afán de inclusión de la diversidad en la idea nacional. A mediados del siglo comienza a relacionarse ese carácter nacional con la herencia europea contenida en el criollismo. El Estado revolucionario asume la difusión de las ideas del indigenismo. Así, “lo auténticamente mexicano, la “mexicanidad” ya no sólo son las tradiciones prehispánicas sino la preocupación por el bienestar de los indios -herederos legítimos de las mismas, y su incorporación al proyecto nacional” (Ramírez Losada, 2003, 84).

Las siguientes décadas son las de los grandes proyectos educativos, en la que el muralismo y la alfabetización convierten a la doctrina nacional en un bien masivo. El gobierno revolucionario difunde una selección de héroes, obras artísticas, consignas y rasgos que permitirán identificar a México y al gobierno que promueve dicha nación. Aun cuando lo regional sigue siendo preponderante, se trabaja por construir y transmitir un sentido unívoco de la nacionalidad. La tarea propuesta era la de construir una conciencia nacional, rompiendo con las visiones particularistas que respondían a pertenencias regionales, para “conferir significados y órdenes precisos a los hechos históricos para proyectar

en el imaginario colectivo la idea de una comunidad de vocación y destino” (Gutierrez López y Gutierrez, 1993, 91).

Los años siguientes constituyen una etapa de modernización industrial, lo cual ameritó un llamado a la unificación de los sectores sociales, bajo la consigna de la Unidad Nacional propuesta por el gobierno de Manuel Ávila Camacho. Anteriormente, durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, se había logrado la nacionalización de la explotación petrolera y de las líneas ferroviarias. Este evento constituye aun hoy un objeto de orgullo y de referencia nacionalista entre los mexicanos. En 1938 el Presidente Lázaro Cárdenas logró la expropiación de la explotación de las riquezas petroleras que se encontraban en manos de capitales extranjeros, pasando a ser propiedad del Estado mexicano. Se trató del resultado de un largo proceso de conflictos en los que se denunciaba la explotación de los trabajadores por las empresas radicadas en el país. La Ley de Expropiación fue aplicada a 17 empresas petroleras, y más tarde se generó la administradora nacional PEMEX. El Cardenismo se caracterizaba por la exaltación de la vida rural y el rechazo a la oligarquía urbana. La política agrarista y reivindicación del campesinado se acompañaba de un decidido apoyo a manifestaciones políticas, que eran fundadas en una retórica antiimperialista. El proceso de distribución de tierras que la Revolución había encarado se vio acelerado, atacando de pleno al sistema de hacienda. Desde los medios de comunicación masiva se favorecían las expresiones nacionalistas, y el clima académico marcaba la importancia de una introspección definitoria y defensa nacionalista frente a la otredad cultural con visos extranjerizantes, aspecto que era también destacado desde las expresiones artísticas populares.

Más adelante, entre 1960 y 1980, se evidencia un acercamiento mayor al vecino norteamericano, el avance de la tecnologización, el alejamiento cada vez más profundo de lo urbano con lo campesino y la solidificación del poder del Estado en la vida cotidiana de la comunidad. La diferencia cualitativa con la etapa anterior radica en el alejamiento del nacionalismo -en especial el nacionalismo revolucionario- de la cotidianeidad de la población. Es aquí cuando la retórica nacionalista se evidencia más fragmentada, cuando los movimientos masivos dan cuenta de disrupciones y anhelos de cohesión interna, ante un sistema que se muestra excluyente. Se observan diferencias entre el nacionalismo oficial y el que las masas proclaman como el único real, fragmentado pero no por ello menos vital (Monsiváis, 2001, 31-46). El final del siglo XX parece ser testigo de la descomposición, de las múltiples interpretaciones, del nacionalismo difuso pero arraigado en los sectores populares. El nacionalismo mexicano contemporáneo se llena de escepticismo, de desconfianza frente al gobierno, de sentimientos antiimperialistas y de temores con respecto al futuro

de la nación. La exaltación de los localismos y la consiguiente fragmentación de la idea de nación, llevan a Monsiváis a hablar de postnacionalismo, en tanto se percibe como muy difundido el sentimiento de fracaso de la nación mexicana de englobar a todos sus integrantes. Se detectan, a fines del siglo XX, un nuevo sincretismo en el que aun conviven valores tradicionales y modernos con visiones menos reverenciales ante la historia nacional y los símbolos patrios (Bartra, 2001, 93-105).

La coexistencia actual de “muchos Méxicos” es usualmente entendida como un indicador de la disfuncionalidad del nacionalismo mexicano (Salazar Sotelo, 1993, 43-63). Sin embargo, sería pertinente evaluar la posibilidad de que la multiplicidad étnica pudiera ser comprendida por una misma nacionalidad, aunada bajo un relato histórico ficcional pero ampliamente difundido y legitimado. Sería interesante pensar si, en el caso mexicano primordialmente, no es el proceso por sobre los elementos lo que hace a la construcción de una idea nacional, que no será por ello menos efectiva (en términos de capacidad de aglutinación) que aquellas fundadas en unidades étnicas o lingüísticas. La idea de la nación como una configuración cultural, es decir un entramado que posibilita una economía política de las identificaciones (Grimson, 2011) y que contiene una distribución particular (y dinámica) de la heterogeneidad se hace factible en el análisis de este caso latinoamericano.

Sin embargo, aunque podemos considerar una tendencia difundida la de describir a la identidad nacional propia como incompleta, o menos arraigada que las de las otras naciones, las consideraciones intelectuales sobre el presente de la mexicanidad coinciden en señalar la existencia de una profunda apatía y descreimiento en el entramado simbólico de esa nación. Esos elementos conviven con el apego afectivo y cotidiano a los símbolos nacionales, los sentimientos de pertenencia que se observan frente a determinadas causas regionales así como el deporte, y ciertas movilizaciones de opinión que aun se apoyan en referencias al espacio cultural compartido. El machismo, la desconfianza entre clases, el antiimperialismo y los sentimientos comunitarios relacionados con los elementos antiguos se sostienen como factores persistentes en esta configuración identitaria (Monsiváis, 2001, 31-46; Valenzuela Arce, 1992, 49-66). Estos factores, por el contrario, no nos acercan a anunciar el derrumbe del nacionalismo mexicano, sino a proponer una mirada teórica que logre rescatar la participación desigual de los sectores que se siguen identificando con la mexicanidad. Ello se confirma especialmente cuando amplios sectores sociales sostienen el nacionalismo como una estrategia de supervivencia que sobrevive a la difundida idea del fracaso del proyecto estatal revolucionario.

Reflexiones finales

Cuando uno llega a México, los amigos locales no dejan de afirmar que los logros son producto del esfuerzo. Ello puede ser aplicado a un éxito profesional, un golpe de suerte o bien una conquista amorosa. “*La tierra es de quien la trabaja*”, repetían mis amigos en un disruptivo pero no por ello menos honorífico homenaje a Emiliano Zapata, caudillo revolucionario y autor de la frase. Tardé en comprender la relevancia de esas palabras, así como la admiración que los jóvenes de mi entorno mostraban hacia el período revolucionario, especialmente en un presente social y político que a ojos del visitante dista de ser rupturista.

México se considera a sí misma como producto de la Revolución, con todo lo que ello implica. El presente mexicano y la configuración actual de la nación mexicana, así como la identidad mexicana, se sienten allí como en ningún otro lugar producto de un proceso histórico que tiene orígenes tan remotos como el pasado pre-azteca y maya; y que ha atravesado períodos de dominación, migración, revueltas políticas, inercia y fervor nacionalista. Todo lo que México ha atravesado la constituye como nación y es objeto de revisiones, defensas y deconstrucciones. Los procesos históricos se evidencian sedimentados en cada símbolo, cada canción, cada comida, cada categorización.

En México parece hacerse evidente que nunca puede considerarse a la nación como algo dado, como algo que permanecerá fijo en el tiempo. La nación se presenta en la actualidad como la forma de organización comunal generalizada, sin vistas a ser destronada. Se hace necesario reconstruir los conceptos de la teoría social de modo de entender el carácter de artefacto cultural de esta configuración particular y ubicar su temporalidad sin perder de vista la influencia de las luchas internas y externas que la constituyen como tal y la acompañan a través del tiempo.

La experiencia presente muestra que ante la modificación de los mapas simbólicos históricos y los esfuerzos revisionistas por desnaturalizar esas integraciones nacionalistas, las configuraciones identitarias nacionales siguen teniendo sentido aun cuando exceden a las fronteras políticas. Las tradiciones culturales de las naciones latinoamericanas se resignifican, pero se refuerzan a la vez, ante el panorama globalizador. Las naciones latinoamericanas ya no pueden dejar de enfrentar, en este sentido, la pregunta acerca de los sectores sociales realmente incluidos en la construcción de esas identidades. Estos sectores, muchas veces representados en iniciativas organizativas, plantean

búsquedas relacionadas con la autogestión, que implican la necesidad de (re) pensar las identidades tradicionales de modo que incluyan la complejidad sociocultural contemporánea (García Canclini, 2002).

La nacionalidad mexicana enfrenta hace tiempo la discusión acerca de la multiculturalidad y la posibilidad de contener en un mismo entramado nacional a distintos componentes étnicos, bajo un paradigma de respeto mutuo. En este sentido, resulta urgente sostener una línea de investigación que pueda percibir la coexistencia de muchos Méxicos (Stavenhagen, 2002) que aportan a una idea de nación que parece no derrumbarse pese a esa multiplicidad intercultural y que a la vez entienda el proceso histórico en que esa multiplicidad se constituyó y buscó.

Aun cuando los relatos históricos sobre la pertenencia se están poniendo en cuestión, continuamente, en el marco del reclamo y reflexión sobre los derechos ciudadanos (Vernik, 2008; Grimson, 2005), los discursos de los diferentes sectores sociales latinoamericanos no parecieran apuntar a la demolición de la nación y de las adscripciones regionales, sino al reclamo por la reconstrucción de esas referencias sobre nuevas premisas. Ello da cuenta de que la nación continúa siendo decisiva en la estructuración de los marcos interpretativos de los sujetos, permaneciendo como objeto de un debate urgente para las ciencias sociales, que deberá dar cuenta de esfuerzos en pos de ampliar el bagaje conceptual sobre la nación y sus identificaciones. La discusión sobre la nación como configuración cultural está llamada a apartarse de teorizaciones burguesas y cosmopolitas que saluden la integración de sectores excluidos a productos culturales difundidos desde la maquinaria estatal. La pregunta actual es por la coexistencia de distintas ideas nacionales, que de algún modo se aúnan en la identificación con esa comunidad. En su crítica a la propuesta teórica de Benedict Anderson, se pregunta Rosaldo (1992, 191-202) quién organiza la fiesta y quiénes fueron invitados a participar -en referencia al proceso de construcción de esa idea de comunidad, imaginada. Ahora bien, quién organiza esta fiesta es una pregunta que ya fue visitada y ampliamente discutida. Proponemos aquí revisar la lista de invitados y su transcurrir por el proceso cotidiano de celebración de lo nacional.

Bibliografía

Achugar, Hugo. (2001). Ensayo sobre la nación a comienzos del siglo XXI. En Martín-Barbero, Jesús (Coord.). *Imaginario de nación: pensar en medio de la tormenta*. Cuadernos de Nación. Bogotá: Ministerio de Cultura de Colombia.

- Anderson, Benedict. (1991). *Comunidades imaginadas*. México: FCE.
- Balibar, Etienne. (1991). La forma nación: historia e ideología. En Wallerstein, Immanuel; y Balibar, Etienne (Eds.). *Raza, nación y clase*. Madrid: ICALPE.
- Brading, David. (1995). Patriotismo y nacionalismo en la historia de México. En *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Birmingham: University of Birmingham, Department of Hispanic Studies.
- Bonfil Batalla, Guillermo. (1992). Sobre la ideología del mestizaje (o cómo Garcilaso anunció, sin saberlo, muchas de nuestras desgracias). En Valenzuela Arce, José (Ed.). *Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Campi, Alessandro. (2006). *Nación. Léxico de política*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Chatterjee, Partha. (2008). *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Buenos Aires: CLACSO/Siglo XXI.
- Elías, Norbert. (1997). *Os alemães*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Florescano, Enrique. (1987). Guadalupe de todos. *Revista Nexos*, 10, (109), 29-35.
- García Canclini, Néstor. (2002). *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*. Buenos Aires: Paidós.
- Guerra, Francois Xavier. (1994). Introducción: epifanías de la nación. En Xavier Guerra, Francois; y Quijada, Mónica (Eds.). *Imaginar la nación*. Hamburgo: Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos.
- Gutierrez López, Roberto; y Gutierrez, José Luis. (1993). En torno a la redefinición del nacionalismo mexicano. *Revista Sociológica*, 8, (21), 87-101.
- Grimson, Alejandro. (2005). Prefacio. En Portes, Alejandro; Roberts, Bryan; y Grimson, Alejandro (Eds.). *Ciudades latinoamericanas: un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo*. Buenos Aires: Prometeo.

- Grimson, Alejandro. (2007). Introducción. En Grimson, Alejandro (Ed.). *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*. Buenos Aires: Edhasa.
- Grimson, Alejandro. (2011). *Los límites de la cultura. Críticas de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hobsbawn, Eric. (1991). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Loza, Jorgelina. (2009). *Gritos urbanos en América Latina. Representaciones sobre la nación y la región en movimientos sociales de Buenos Aires y Montevideo*. Tesis de la Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural, Universidad Nacional de San Martín, San Martín, Argentina.
- Mallón, Florencia. (2003). *Campesino y nación: la construcción de México y Perú poscoloniales*. México: CIESAS/El Colegio de San Luis/El Colegio de Michoacán.
- Manrique, Luis Esteban. (2006). *De la conquista a la globalización. Estados, naciones y nacionalismos en América Latina*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Monsiváis, Carlos. (1987). Muerte y resurrección del nacionalismo mexicano. *Revista Nexos*, 10, (109), 13-22.
- Monsiváis, Carlos. (2001). De la sociedad tradicional a la sociedad postradicional. En Martín-Barbero, Jesús (Ed.). *Imaginario de nación: pensar en medio de la tormenta*. Bogotá: Ministerio de Cultura de Colombia.
- Palti, Elías. (2009). La nación argentina entre el ser y el acontecimiento. La controvertida plasmación de una visión genealógica del pasado nacional. En Palacios, Guillermo (Ed.). *La nación y su historia. América Latina, siglo XXI*. México: El Colegio de México.
- Ramírez Losada, Dení. (2003). *El amor a la patria en México. Antropología de una pasión*. Puebla: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades – BUAP.
- Ribeiro, Darcy. (2007). *As Américas e a civilização. Processo de formação e causas do desenvolvimento desigual dos povos americanos*. São Paulo: Companhia das Letras.

- Renán, Ernest. (2001). ¿Qué es una nación? En Fernandez Bravo, Álvaro (Ed.). *La invención de la nación*. Buenos Aires: Manantial.
- Rosaldo, Renato. (1992). Reimaginando las comunidades nacionales. En: Valenzuela Arce, Jose (Coord.). *Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Salazar Sotelo, Francisco. (1993). Nación y nacionalismo en México. *Revista Sociológica*, 8, (21), 43-63.
- Stavenhagen, Rodolfo. (2002). *The return of the native: the indigenous challenge in Latin America*. Londres: Institute of Latin American Studies.
- Trillo, Mauricio. (1995). Del nacionalismo y México. Un ensayo. *Revista Política y Gobierno*, 2 (2), 313-334.
- Valenzuela Arce, José. (1992). Identidades culturales: comunidades imaginarias y contingentes. En Valenzuela Arce, Jose (Ed.). *Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Vernik, Esteban; Salvi, Valenti; y Loza, Jorgelina. (2008). Imágenes de la nación y la globalización. La posibilidad de explorar representaciones de la nación desde la recepción de discursos televisivos. En *V Jornadas de Sociología de la UNLP y I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales*, 10,11 y 12 de diciembre 2008. La Plata: Universidad de la Plata.
- vom Hau, Matthias. (2009). Unpacking the school. Textbooks, teachers, and the construction of nationhood in Mexico, Argentina and Peru. *Latin American Research Review*, 44, (3) ,127-152.
- Williams, Raymond. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.
- Zapata, Francisco. (1990). *Ideología y política en América Latina*. México: El Colegio de México.